

## LA PROVINCIA EN LA HISTORIA Y EN LA VIDA<sup>30</sup>

En la inmensa mayoría de nuestras obras históricas, se observa una marcada diferencia para todo lo que se refiere a la provincia, no obstante que ella influye en los destinos nacionales, mucho más seguramente que la aparatosa y teatral existencia metropolitana.

Apenas si hay lugar para la provincia, en los libros de historia, y esto sólo cuando se trata de acciones de guerra, o de pronunciamientos, motines o cuartelazos, en aquéllos ocurridos. En todo lo demás, sólo se procura dedicar páginas y más páginas, al relato minucioso de los acontecimientos capitalinos, o al de aquellos episodios sociales, políticos o legislativos, que abarcan todo el conjunto del conglomerado nacional.

La pintoresca provincia, con sus matices románticos, con sus silenciosos heroísmos, con sus brotes callados, pero fecundos, de virilidad, de acción creadora y de preparación o gestación de los acontecimientos que, meses más tarde, han de tener su floración espléndida o su desenlace majestuoso y triunfal en la urbe metropolitana; la provincia hirviendo en generosidades, en pasiones pujantes y en bravos impulsos, pasa inadvertida para el descuidado historiador. Sólo de tarde en tarde salen a la luz preciosas monografías sobre tal o cual entidad o región del país, que casi nunca alcanzan merecer la atención de los historiadores de polendas.

Yo, provinciano por origen y por inclinación invencible, quiero sumar mi humilde esfuerzo al de aquéllos que aman y admiran esa provincia “sana y fecunda”, que alguna vez cantara Aurelio Manrique, el potosino, en castiza y noble prosa, allá en días de combate, desde la más alta de las tribunas del país.

Tiempo tendremos de asistir a la evolución intelectual, social y moral de la provincia, tema que pondría por sí solo ocupar muchos volúmenes. Por hoy sólo deseamos, a la vez que subrayar la importancia de todo lo que

30 *El Universal*, 29 de marzo de 1927.

a aquella concierne, estudiar la formación de algunas de esas pequeñas sociedades, regionales o pueblerinas.

Los orígenes de la vida provinciana en los años que siguieron a la Conquista, están marcados con un sello de ruda aspereza y se caracterizan por los contrastes hirientes y por conflictos a veces crudelísimos.

Son tiempos tempestuosos y caóticos, en que los caracteres son demasiado recios, y la tentación de abusar de los hombres recién sometidos, demasiado fuerte. Sólo de vez en vez, brillan aquí y allá, algunos destellos de santa misericordia, que vienen de las almas buenas y puras de los primeros evangelizadores.

Pero así y todo, por grande y dolorosa que sea en algunos momentos la intensidad dramática de la escena, resulta de todos modos interesante en el más alto grado, asistir, a través de los siglos, al nacimiento de aquellas tormentosas sociedades rebosantes de vida y de juventud.

En nuestro rápido recorrido, habremos de empezar por los centros de población que fundaran los primeros inmigrantes españoles; aquéllos que venían a la América, exclusivamente impedidos por la atracción de sus riquezas, y que con razón nos pinta un historiógrafo ultraconservador, el padre Cuevas, como “procedentes de gran parte (no en totalidad), de la escuela de haraganes que había en el muelle de Triana o al pie de la Torre del Oro”, y que no eran ni con mucho los activos colonos que con razón se pedían la Corona ni el tipo del emigrante montañés, moderno, emprendedor y laborioso.

Ese núcleo primitivo de inmigrantes fundó Veracruz, Orizaba y otras poblaciones situadas en el camino que unía la capital de la Colonia con las vías marítimas del Golfo. Puebla constituyó una excepción pues recibió, en parte al menos, otra clase de pobladores, más laboriosos y más hábiles en el ejercicio de las artes y oficios mecánicos.

Que haya sido Veracruz, durante el siglo XVI, en manos de los colonos, de tipo totalmente diverso, que a ella tocaron en suerte, nos lo dice otro jesuita, el Padre Alegre, en su historia de la compañía de dios:

“Los soldados y la gente de mar, dos géneros de gentes que habían como una pública profesión del libertinaje, y los mercaderes y ministros reales eran todo el vecindario distinguido. Los tratos injustos y usuarios, las extorsiones, el juego, la embriaguez, los homicidios, la blasfemia, dominaban cuasi impunemente como en su región y eran una continua materia de sobresaltos y de dolor para los cuerdos y los piadosos.”

Los primeros pobladores de Orizaba fueron también, según las palabras textuales de Arróniz, en su mayoría aventureros, que repugnaban todo lo que propendía a un orden riguroso, y que sólo pensaban en los lucros que el tráfico mercantil podría dejar. (Historia de Orizaba, págs. 238 y 249).

Arróniz tiene buen cuidado de explicarnos que Orizaba difiere, en esto muchísimo, del resto de nuestras poblaciones, las que, puede decirse, nacieron del altar. Orizaba, a la inversa, no tuvo un origen monástico o clerical, “no fue una ermita, ni la cruz las que crearon su núcleo familiar, sino el aliciente, que ofrecían estos lugares a algunos mercaderes, para negociar con los que de continuo pasaban, bien en busca del tráfico o de la salud que perdían en las costas” (págs. 214 y 215).

Ese afán de lucro, tenía que producir, como produjo, resultados en parte benéficos y en gran parte nocivos.

Una de sus saludables consecuencias fue la apertura del camino carretero de Veracruz a México; obra magna que hubiera hecho retroceder a espíritus menos valerosos.

Debemos en este punto rendir homenaje a la férrea voluntad de aquellos audaces aventureros, dignos hijos de la exuberante generación del Renacimiento, que a su vigor físico extraordinario, supieron adunar una heroica energía, no igualada después y capaz de salir adelante en las más difíciles empresas. Estos hombres presentan marcado contraste con el resto de los inmigrantes.

Para reconocerlo así, hasta imaginarse el gigantesco esfuerzo que aquellos hombres tuvieron que desplegar, para abrir paso a través de la Sierra Madre, a las pasadas CARRETAS DE BUEYES con que se hacían entonces, en los primeros días de la Colonia, el tráfico mercantil entre la capital y el puerto.

“A fuerza de tesón, nos refiere Arróniz, se logró al fin, señalar el camino de Veracruz a Acutzingo, después de grandes y costosas pruebas, pues sin más que el buen sentido práctico de los primeros que se ocuparon de transportar las mercancías, pudo crearse, por decirlo así, el camino, a través de las empinadas montañas” (Arróniz, pág. 212).

¡Lástima grande que tan brillantes demostraciones de energía, no estuviesen acompañadas de bellas prendas morales!

Todo lo contrario: aquellos hombres de hierro no conocían la misericordia ni la magnanimidad con los vecinos. Mancharon sus empresas —hay que confesarlo— con actos imperdonables de crueldad y de ávida codicia;

y es que el impulso motor de sus actividades, nada tenía de común con la mora: —era simplemente un apetito insaciable de riquezas.

“Los arrieros españoles (los mismos que abrieron la carretera veracruzana) hacían algunas correrías en los pueblos indígenas, y de grado o por fuerza, se llevaban a los indios, en crecido número, para que sirvieran de bestias de carga” (Arróniz, pág. 217).

La gloria y el provecho quedaban, pues, para los hombres, de raza blanca, más fuertes o más hábiles; pero lo pesado de la obra, lo angustioso del esfuerzo incesante, privado siempre de recompensa, recaía sobre los indígenas, la eterna carne de dolor en nuestras empresas y en nuestros conflictos.

La ausencia del altruismo y de generosidad en aquellos hombres, obsesionados por la idea fija de amontonar caudales, no tiene necesidad de explicaciones. Venían de tierras lejanas, abandonándolo todo, sacrificando tranquilidad y afectos; y resueltos como venían, a hacer dinero, a mandar y a elevar su posición hasta sentir la satisfacción de saborear la opulencia, ningún obstáculo podía detenerlos, ni moral, ni físico.

Esos hombres, nacidos para la lucha, vivían como trashumantes, arrastrando una existencia aventurera y bohemia, creciendo de fijeza y de arraigo en punto alguno, y andando, como decía el Virrey Velasco, “a noche y mesón”.

Arróniz lo confirma expresamente, al decirnos (pág. 236) que los dueños de carros no residían de modo constante en la población, sino que ésta, simple aldehuela, “permanecía silenciosa, en ausencia de los convoyes y sólo se animaba cuando llegaban éstos” (pág. 216).

Entre esos conductores de grandes convoyes que iban y venían de Veracruz a México, y viceversa, y entre esos propietarios de “numerosas recuas y rebaños de bueyes con que llevaban aquéllos de una ciudad a otra”, figuraban varios jerezanos de origen, entre otros, don Juan Ramón, de quien provienen, según nos cuenta Arróniz, las actuales familias criollas de los Bringas, Escandón, Romanos, Argilleles, Pimentel, Fernández Rocha, Salazar y Rocha y Llave y Rocha (Nota 1a. a la pág. 214 de la Historia de Orizaba).

La existencia de aquella colonia española, perdida casi entre pueblos de indios, abunda en detalles y episodios, pintorescos los unos, dolorosos los otros, pero revelando todos una vida intensa y sacudida por la pasión. Aparece allí en escena el propio Virrey don Antonio de Mendoza, quien dejándose arrastrar por el contagio de la codicia, no vacila en ejecutar

violentos despojos de terrenos. “La usurpación del Virrey causó la emigración de los pueblos comprendidos en las tierras de que se hizo dueño, POR MANO PROPIA” (Arróniz, pág. 224).

Vemos poco más tarde, al gran Virrey Velasco, ese sí integérrimo, poner a los indios orizabeños en posesión de diversas propiedades que les habían sido usurpadas por el Conde del Valle, la Marquesa de Sierra Nevada y un grupo de orizabeños de Atzacán. (Pág. 232.)

Contemplamos también las disputas entre esas dos casas rivales, del Valle y Sierra Nevada, cuya ambición era tal, que ni ellas mismas se respetaban en sus propiedades. “Ruidosos lites, acaloradas disputas mediaron entre ellas.” (Pág. 243.)

Observamos cómo a consecuencia de las usurpaciones de esos grandes terratenientes, “quedó la población como encastillada por los linderos de esas posesiones (fruto del despojo), cuyos títulos de propiedad eran harto sospechosos por su nunca justificada legitimidad”. (Pág. 243).

Nos damos cuenta asimismo, de la actitud siempre desconfiada y recelosa de los indios de raza pura, como los de Izhatlán, que “aunque en trato indirecto con los españoles, vivían reconcentrados en sus cabañas, algo sobre sí, pues miraban a aquéllos como a unos advenedizos, sin otro derecho para vivir entre ellos, que el que les daba su absoluto dominio”. (Pág. 240).

Presenciamos, en fin, las rivalidades que dentro de Orizaba surgían constantemente entre la población española y la indígena, que pronto tomaron los caracteres de “una guerra sorda y sin tregua entre los dos vecindarios que no concluyó sino con la absorción completa que sufrió (al cabo de muchos años) la raza india de Orizaba por la española”. (Pág. 229).

Puede decirse sin hipérbole, que en la entonces minúscula sociedad orizabeña, como en todas las demás de provincia, se reflejaban y condensaban, en toda su intensidad, las múltiples pasiones, apetitos, cualidades, defectos, intereses, actos agresivos, de defensa y de compenetración entre las dos razas, que confusamente bullían en el hirviente crisol en que se forjaba, con todos sus caracteres turbulentos e híbridos, la novel y fuerte nacionalidad mexicana.